



Universidad Nacional De Rosario

Facultad De Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

La posición del analista en la escena institucional

Autora: María Florencia Hanna

Legajo: H-0337/9

Docente responsable: Rosanna Canelero

Septiembre 2017

Rosario

Índice

| | |
|---|----|
| Un punto de partida | 3 |
| Desencuentro fecundo | 3 |
| Un breve rodeo | 4 |
| El oro y el cobre | 5 |
| No hay universo de discurso | 7 |
| La transferencia | 10 |
| Dos caminos divergentes | 10 |
| ¿Qué es lo que funda la transferencia? | 13 |
| Consideraciones finales. Nuevos puntos de partida | 14 |
| Referencias bibliográficas | 16 |

Resumen

El presente escrito comienza con una pregunta por los complejos vínculos entre *práctica psicoanalítica e institución pública de salud*, y sitúa como norte la interrogación sobre *la posición de analista en la escena institucional*.

La perspectiva desde la que se realiza el recorrido teórico se basa en un psicoanálisis entendido a partir de los conceptos introducidos por Sigmund Freud y Jacques Lacan. Se parte de la distinción freudiana *psicoanálisis puro/impuro*, para cuestionar la idea de que el psicoanálisis tendría un territorio propio por oposición a un territorio ajeno. Este cuestionamiento se aborda a partir de pensar el *modo de relación del analista al saber*. Se enuncia que ante la demanda institucional de saber el analista se sostiene en un *no-saber*, un saber que permite soportar lo imposible de saber. Con respecto a la transferencia, se descubren dos caminos divergentes. El primero es denominado camino de la significación alienada, e implica reducir el análisis al influjo sugestivo o al mero vencimiento de las resistencias. El segundo camino es el de la emergencia del *sujeto*, relacionado con la ética del psicoanálisis.

Se concluye que el psicoanálisis se define por la producción de un *efecto-sujeto* y que éste no está garantizado por ningún dispositivo, sino por la posición del analista en la transferencia.

Palabras clave: práctica – institución – psicoanálisis – transferencia

Un punto de partida

Este escrito trata de *práctica e institución*, de sus vínculos complejos, de sus múltiples aristas. Subrayo además, una práctica que es adjetivada como *psicoanalítica*. Y de una peculiar institución... Trata de una *escritura* que surgió de una *experiencia*, o tal vez, de una *experiencia* que pudo ser releída a partir de su *escritura*. "Así es como 'experiencia' se liga al relato. Relato del acontecimiento que no se puede recuperar más que por la temporalidad del *après-coup*, por la vía de una palabra siempre defectuosa, insuficiente" (Candelero, 2004: 2)

Estas consideraciones me llevan a no poder iniciar este escrito sin dejar indicado que los caminos que aquí transito comenzaron a dibujarse a partir de mi paso singular por la Práctica Profesional Supervisada (PPS), requisito que los estudiantes avanzados de la carrera de Psicología debemos cumplimentar como condición de titulación. Paso que estuvo marcado por obstáculos, tensiones, dificultades, tropiezos... Entonces, diré que este texto que voy tejiendo resulta hoy un intento de darle a esos *tropiezos el valor de una interrogación*. (Candelero, 2004)

Empiezo por situar que mi Práctica Profesional Supervisada tuvo lugar en el marco de un *proyecto de extensión universitaria* que funcionaba como un *espacio de cine-debate* al que asisten usuarios de distintos *servicios de salud mental* de la ciudad de Rosario. Los encuentros se llevaban a cabo en las instalaciones de un *centro cultural* que se sostiene como *dispositivo sustitutivo a las lógicas manicomiales*, enmarcado en la regulación derivada de la Ley Nacional de Salud Mental n° 26.657.

Una complejísima trama inter-institucional donde se producen encuentros y desencuentros: universidad – salud mental – centro cultural.

Una vez por semana, los que participábamos (estudiantes, usuarios, vecinos) nos reuníamos a compartir *una tarde de cine y diálogo*. Se realizaba la proyección de una película —seleccionada entre todos durante el encuentro anterior— para luego pasar al *debate en ronda*, donde se apostaba a poder compartir en lo colectivo las resonancias singulares. El propósito: *hacer lugar* a la palabra de cada uno, fomentando el establecimiento de lazos sociales que hicieran mella sobre lo que se denominaba *cronificación institucional*.

Una pequeña digresión. Quisiera aclarar que queda por fuera de los objetivos de este breve escrito hacer algún tipo de lectura crítica acerca del funcionamiento del dispositivo del que formé parte como *practicante*. Éste sólo es referido a los fines de indicarlo como el *motor* de tantos cuestionamientos y, por decirlo de alguna manera, como *revolucionador* de ideas. Es por esto que en este ensayo me limitaré a situar solo dos particularidades de aquella experiencia. Particularidades que conmovieron muchos de *los supuestos* que venían acompañándome a lo largo de la *carrera de psicología*. En primer término, se trató de una práctica que se desarrollaba *fuera del consultorio*, suscitando la pregunta: ¿es posible abordarla desde el psicoanálisis? Por otro lado, es evidente, dicha práctica resultaba notablemente afectada por las vicisitudes de *la institución* en la que se desarrollaba.

Me propongo entonces retomar algunos interrogantes que surgieron en mí en el curso de aquella experiencia, y volver a recorrerlos situando como norte *la pregunta por la posición de analista en la escena institucional*.

Desencuentro fecundo

Intentaré indicar algunas de las principales coordenadas de un trayecto transitado en el marco de una práctica singular. Un sendero posible escogido entre tantos. Camino que *decidí* recorrer a la luz de huellas ya trazadas, surcos abiertos por otros.

Entiendo que los conceptos que nos orientan son decisiones, rumbos que tomamos; lo que implica salir de la comodidad de leerlos como si se tratase sólo de un *asunto de académicos*. Sin lugar a dudas, estas *decisiones* conllevan como paso previo

un cuestionamiento del *propio saber*. Una pregunta por el lugar que se le otorga, y a su vez, requieren poder asumir, no sin una considerable cuota de angustia, su *incompletud*, —condición necesaria para *ponerlo a dialogar* con otros saberes—. En relación a esto, es preciso señalar que elijo situarme desde un *psicoanálisis* que se sostiene a partir de los conceptos introducidos por Sigmund Freud y Jacques Lacan.

Me interesa poner de manifiesto que no se trata aquí de esperar que dichos autores puedan responder a la pregunta: *¿qué se debe hacer?* Pues, este modo —taxativo, imperativo, y por qué no decirlo, *superyoico*— de formular los interrogantes resulta sobre todo inhabilitante, en tanto que conduce inexorablemente a sostener la vana ilusión de hallar respuestas *en modo listas para usar*. Es decir, hallar las respuestas que se encuentran ya allí, en los textos, *respondidas de antemano*. Además, vale recordar que tanto Freud como Lacan se esforzaron por transmitir que el psicoanálisis no es una cosmovisión —ni pretende serlo—.

Ahora bien, ¿es que acaso podemos pensar que una teoría llegue a dar cuenta de todo aquello que se nos presenta en la práctica? El hecho de que *en psicoanálisis* la teoría —fragmentaria, provisoria— no sea un instrumento a aplicar; que siempre se encuentre en exceso o en defecto respecto del *asunto/objeto* sobre el que pretende *teorizar*, es precisamente lo que permite al *practicante* una constante labor de conceptualización. Búsqueda incesante impulsada por los interrogantes que —afortunadamente— surgen a cada paso. Pero que, simultáneamente, en el mismo movimiento generan que las referencias y las conceptualizaciones encontradas o producidas tampoco alcancen. Y así, la maquinaria vuelve a ponerse en marcha, el juego se relanza una y otra vez en el empeño persistente por cernir ese huidizo trozo de real que se escabulle. Es que práctica y teoría no hacen *Uno*, más bien mantienen una relación poco armoniosa que podría caracterizarse de asintótica —dícese de una línea que se acerca de continuo a otra sin llegar nunca a tocarla—. La interrogación, obstinada, siempre insiste...

En esta dirección, la apuesta es rescatar la fecundidad que hay en el *no saber*. Cabe enfatizar que, en *mi experiencia* fue justamente ese *no saber* el mayor empuje para hacer preguntas y, lo que es mejor, para hacerlas *junto a otros*.

Un breve rodeo

Un simple ejercicio tal vez contribuya a dejar esbozados los términos de la problemática que pretendo recortar. Imaginemos por un momento a un psicoanalista en su *clásico territorio*: su consultorio, arrojando interpretaciones a un paciente que, tendido en un diván, asocia libremente. Avancemos un poco más y, supongamos ahora, que el mismo analista sale del consultorio, y se introduce por ejemplo en un centro de salud, un hospital, un dispositivo comunitario... En fin, un espacio que *podría* ser calificado como *ajeno*. Es aquí que sale al paso una primera dificultad. La idea de que el psicoanálisis cuenta con, o posee, un territorio que le es *propio* —aquí señalado como el consultorio— en el que se podría, siguiendo a Freud, realizar un análisis *puro*. Luego, cualquier otro territorio le sería *ajeno*, y la práctica que allí se desarrollara sería una práctica impura.

Plantear el asunto apoyados en estas oposiciones: propio/ajeno, puro/impuro, podría acarrear como consecuencia que el psicoanalista que hemos imaginado quede extraviado, desorientado, al ingresar en un territorio que le es extraño —y hasta tal vez hostil— sin puntos de referencia de donde sostenerse. Y, que en esa *situación de desamparo*, intente desesperadamente aferrarse a una teoría y una técnica que le indiquen lo que *se debe hacer*. Por otro parte, siguiendo con el ejercicio, podríamos pensar también otro desenlace: que aquel —que prevenido de que el *dispositivo analítico* inventado por Freud sea de difícil *aplicación* en *lo público*; que las reglas técnicas (por ejemplo duración y frecuencia de la sesión, honorarios, etc.) sean inviables— no vacile ni un instante a la hora de dejar de lado aquello que, *del psicoanálisis*, no se *adapte* a los requerimientos institucionales. Veamos entonces: ¿se podría establecer una línea

divisoria, una frontera, a partir de la cual dejamos de hacer un *psicoanálisis puro*? ¿Es válida la pretendida distinción *propio/ajeno*? ¿Qué define una práctica como psicoanalítica?

El oro y el cobre

Pensar que el psicoanálisis pueda practicarse fuera del ámbito privado es una idea ya sugerida por el mismo Freud. Entonces, cito sus palabras en la conferencia *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica* (1918):

Ahora supongamos que una organización cualquiera nos permitiese multiplicar nuestro número hasta el punto de poder tratar grandes masas de hombres. [...] Se crearán entonces sanatorios o lugares de consulta a los que se asignarán médicos de formación psicoanalítica [...] Estos tratamientos serán gratuitos. Cuando suceda, se nos planteará la tarea de adecuar nuestra técnica a las nuevas condiciones. [...] Y también es muy probable que en la aplicación de nuestra terapia a las masas nos veamos precisados a alear el oro puro del análisis con el cobre de la sugestión directa [...] Pero cualquiera que sea la forma futura de esta psicoterapia para el pueblo, y no importa qué elementos la constituyan finalmente, no cabe ninguna duda de que sus ingredientes más eficaces e importantes seguirán siendo los que ella tome del psicoanálisis riguroso, ajeno a todo partidismo. (Freud, 1986d: 162-163)

Señalo dos registros que Freud parece separar: por un lado, *el oro puro del análisis*, el cual se mantiene cualquiera sea la forma y los elementos, y en donde ubica la eficacia del psicoanálisis. Por otro lado, *el cobre*, aquello que introduce la posibilidad de una aleación.

¿A qué llama oro puro? ¿Cuál sería el cobre? Me pregunto, ¿puede pensarse el oro sin el cobre? Esta necesidad de *alear* que Freud indica, ¿no se presenta también en lo privado?

Para poder sugerir algunas respuestas, recorramos el texto citado. En primer lugar, recordemos que se trata de una intervención de Freud en el *5° Congreso Psicoanalítico Internacional*, celebrado en 1918. Es de mi interés este tipo de textos, en el que Freud se dirige a sus colegas, dado que muestran su perseverancia en defender su posición y en distinguirla de otras. Además, reparemos en que no se trata de un texto de los inicios, allá cuando Freud inventaba el psicoanálisis, sino que da cuenta de la preocupación de Freud sobre “el abuso de que sería objeto el psicoanálisis tan pronto como alcanzase popularidad” (Freud, 1984b: 42)

El texto comienza

Estimados colegas: Ustedes saben que nunca nos enorgullecimos de poseer un saber o un poder-hacer completos y concluidos; hoy, como siempre, estamos dispuestos a admitir las imperfecciones de nuestro conocimiento, a aprender cosas nuevas y a modificar nuestros procedimientos toda vez que se los pueda sustituir por algo mejor. (Freud, 1986d: 155)

Saber, poder-hacer incompleto, inconcluso: posición ética presente, no solo en este texto, sino en toda su obra. Al mismo tiempo, disposición a modificar los procedimientos.

Luego, Freud destaca que ha llamado psicoanálisis a su labor por tratarse de un trabajo de descomposición, en analogía con el trabajo del químico, ¿pero esto implica que luego deberá hacerse un trabajo de síntesis? Este no es el camino emprendido por Freud. Además, de ser así, ¿cómo orientar dicha síntesis? ¿Cómo orientarse cuando es imposible prever; cuando, al igual que el químico que consigue aislar cierto elemento, se producen síntesis inesperadas?

Freud introduce en este texto un término tomado de Ferenczi, la *actividad del analista*, del que dice que abre “un nuevo campo para la técnica analítica.” (1986d: 158).

Freud no desarrolla este concepto en su escrito, sino que nos remite al propio Ferenczi en *Dificultades técnicas de un análisis de histeria*, donde el autor señala:

En él me vi obligado a abandonar el papel pasivo que habitualmente desempeña el psicoanalista en la cura y que se limita a escuchar e interpretar las asociaciones del paciente, y tuve que ayudar a la enferma a superar los puntos muertos del trabajo analítico, interviniendo activamente en sus mecanismos psíquicos. (Ferenczi, 1919: 4)

No entraré en detalles acerca del concepto de *actividad del analista*, sino que lo que me interesa subrayar es la distancia que hay entre esto y lo que denominamos anteriormente como *clásico territorio: el analista en su consultorio, dando su interpretación detrás de un paciente que, tendido en un diván, asocia libremente*.

En este punto es de suma importancia destacar que Freud señala —y esto es un relevante asunto de discusión con Ferenczi— que esta actividad deber regirse por un principio soberano: “... En la medida de lo posible, la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación —de abstinencia—” (Freud, 1986d: 158) Dejo señalado este tema para retomarlo más adelante.

¿Qué es lo que orienta esta actividad? A partir de estos textos, parece que para Freud las intervenciones del analista no se definen en relación a alguna acción determinada, sino que son analíticas en tanto se orienten al vencimiento de las resistencias —recordemos la definición freudiana del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*: “Todo lo que perturba la prosecución del trabajo [analítico] es una resistencia” (Freud, 1984a: 511)—. Y sobre todo, según la lectura de la situación transferencial.

En conexión con esto, Freud (1984b) sitúa el nacimiento del psicoanálisis propiamente dicho a partir de que desistió de tratar a sus pacientes mediante la técnica de la hipnosis. Esto puso en evidencia el fenómeno de la resistencia, que suele oponerse al progreso del trabajo analítico en forma de amnesia. De esta experiencia es de donde Freud comienza a desprender “aquella concepción de la actividad inconsciente del alma que es propiedad del psicoanálisis y lo distingue siempre marcadamente de las especulaciones filosóficas acerca de lo inconsciente.” (Freud, 1984b: 16)

Asimismo, le permite comenzar a vérselas con lo que en un comienzo se le presenta como el *medio más potente de la resistencia: la transferencia*, ya que en su experiencia “cuando las asociaciones libres de un paciente se deniegan en todos los casos es posible eliminar esa parálisis aseverándole que ahora él está bajo el imperio de una ocurrencia relativa a la persona del médico o a algo perteneciente a él.” (Freud, 1986a: 99)

Es tajante al respecto

Cualquier línea de investigación que admita estos dos hechos [el hecho de la transferencia y el de la resistencia] y los tome como punto de partida de su trabajo tiene derecho a llamarse psicoanálisis, aunque llegue a resultados diversos de los míos. Pero el que aborde otros aspectos del problema y se aparte de estas dos premisas difícilmente podrá sustraerse a la acusación de ser un usurpador que busca mimetizarse, si es que porfía en llamarse psicoanalista. (Freud, 1984b: 16)

Distingo entonces dos cuestiones a partir de las cuales comenzar a abordar la pregunta por la especificidad del psicoanálisis y a su vez pensar la articulación con la institución. En primer lugar, aquello que denominé posición ética, la posición del analista en relación al saber. Segundo, aquello destacado por Freud como punto de partida: la transferencia.

No hay universo de discurso

¿A qué llamamos institución? Entiendo la institución como una instancia simbólica, en el sentido que lo plantea Emmanuele (2009). Según dicha autora, las instituciones son "...productoras de símbolos sociales que propagan y multiplican lazos, utopías, identificaciones, subjetividades, ideales, prohibiciones, posibilidades, etc." (Emmanuele, 2009: 16). En este sentido, una institución no equivale a un establecimiento u organización, sino que implica la sujeción en el orden de los Discursos Sociales, los cuales incluyen una complejidad político-social con su modelo imperante de Verdad, en una época dada.

Teniendo en cuenta esta complejidad, las instituciones públicas de Salud Mental pueden pensarse como parte de una intervención estatal sobre lo social, como respuestas del Estado frente a lo que queda por fuera de los parámetros de lo que podría llamarse *normalidad*.

En su texto *La intervención en lo social*, Carballeda (2004) aporta desde una mirada sociológica una perspectiva histórica de la misma. El autor ubica los inicios de la intervención sobre lo social en la Modernidad como ligados a la *cuestión social*, es decir a aquello que aparece como haciendo peligrar la paz que el contrato social buscaba garantizar. Aquel conflicto inherente a la convivencia de los seres humanos en sociedad quedará soslayado, negado en su inevitabilidad; o bien relegado a los márgenes de la sociedad o latente, escondido bajo nominaciones que comienzan a adquirir entidad, como *locura, anormalidad, peligrosidad*. Es así que se empiezan a delinear los instrumentos de coerción dirigidos a aquellos que cada época señalará como potenciales amenazas a la cohesión del todo social. Coerción que busca lograr la integración de la sociedad y en cuyo seno comienza a tomar relevancia el papel de las disciplinas, las que "deben estar atentas a las posibilidades de cambio, sobre todo a aquellos casos de deformaciones o retrocesos, para así intervenir, corrigiendo desde el cuerpo, el alma (mente) o el contexto" (Carballeda, 2004: 24)

A partir de estos planteos, la función de las disciplinas se podría entender como la de detectar aquello que se desvía de la norma, medir la distancia que está con respecto a lo que debería ser y conocer los medios para reducir esta distancia. En este contexto, la intervención se presenta no sólo en el campo del hacer, sino que la misma construye y delimita por un lado a aquellos sobre los cuales se intervendrá (los locos, los enfermos, los inmorales, los peligrosos); y por otro lado, separado de éstos, aquellos que intervienen, contruidos en el lugar del saber-poder (Carballeda, 2004). Bajo esta perspectiva, en una institución pública de salud mental los *interventores* vienen a ser *el conjunto de los profesionales psi*, y su especificidad radica en poseer *un saber sobre lo psíquico*.

Tal como lo trabaja Foucault (2012) en *El poder psiquiátrico*, cuando la familia deja de cumplir su función —cuando fracasa en fijar al individuo a los aparatos disciplinarios— se produce la organización de sustitutos para mitigar esta falla. La *función psi*, llamada a desempeñar entonces "el papel de disciplina para todos los indisciplinables" (Foucault, 2012: 111) se ejerce a través de la función de psiquiatras, psicólogos, psicopedagogos, e incluso psicoanalistas.

Para el psicoanalista que desarrolla su práctica en una institución ¿es posible no quedar *encerrado* en esta caracterización? Si "La función psi —resabio del poder psiquiátrico— puede leerse en las marcas de un saber ejercido como control social" (Candelero, 2014: 2), una manera de desprenderlo podría ser interrogando la relación del analista con el saber.

En un texto publicado por la Escuela Freudiana de Buenos Aires en el año 2008, Paola comenta:

En principio, a la Institución Pública de Salud Mental 'se le plantea una solicitud concreta: dilucidar, explicar o aclarar [aquello] que para alguien resulta extraño' e insoportable, esperando que rápidamente se encuentre tanto su causa como su

remedio. Así, en esa demanda se pone en juego un saber, cuyo lugar, generalmente, no está en principio, del lado del que consulta, sino que es atribuido [...] a los especialistas que allí desarrollan su práctica. (Paola, 2008: 35)

Es decir, se trata de un saber que podría explicar la totalidad de lo real; un saber de especialistas, de aquellos que saben lo que hacen. Aquellos que conocen la causa de lo que no anda y rápidamente saben cómo remediarla. Este saber resulta más peligroso aún cuando se pretende redondo, cerrado, absoluto. “El saber absoluto es ese momento en que la totalidad del discurso se cierra sobre sí misma en una no contradicción perfecta hasta el punto de —y precisamente por— plantearse, explicarse y justificarse” (Lacan, 2007: 384)

Sin embargo, el psicoanálisis propone un modo particular de relación con el saber, que no se corresponde con lo anterior, y que necesariamente incide de modo directo en la posición del analista. “Si la ‘peste’ es un particular modo de relación al saber, que pone en suspenso lo que ya se sabe, no hay modo de traerla sino es estar afectado por ella, cada uno” (Paola, 2008: 63)

El suponer un saber completo, tranquiliza, apacigua. Es por esto que el *no-saber* en muchas ocasiones puede no soportarse, sobre todo cuando se recibe el peso de las demandas institucionales, generando malestar que puede funcionar como limitante de la práctica. Pero al mismo tiempo este malestar puede ser una brújula que nos acerque a aquello que *no se quiere saber*. (Paola, 2008)

Esto implica que el analista, ante la demanda institucional de un saber completo y totalizante, se sostiene en un *no-saber*. En este mismo movimiento se ocupa de lo que *no se quiere saber*, incluido aquello que él mismo no quiere saber. Es decir que, este particular modo de relación al saber está íntimamente ligado a la posibilidad de sostenerse como psicoanalista en una institución. Pero si el psicoanalista puede soportar este *no-saber*, mantener al *saber en suspenso*, o trabajar para *agujerearlo*, es porque lo guía la búsqueda de la verdad.

Ahora bien, ¿de qué *verdad* hablamos? Para Lacan la verdad está ligada a la dimensión del enigma, esto es, incluye no sólo un develamiento o descubrimiento, sino también un velamiento. De esto se desprende que la verdad nunca podrá ser toda dicha, dado que siempre habrá algo de ella que se sustrae. (Flesler, 2002)

No se trata entonces de una verdad que se defina por su correspondencia con una *realidad objetiva*. Esto quedaría como anhelo de la ciencia, del lado de la *episteme*, es decir, “del saber ligado por una coherencia formal”. (Lacan, 1986: 31). Ya Lacan en el *Seminario II El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, indicó que éste no es el campo en el que se sitúa el psicoanálisis. Es la palabra la que introduce el dominio de la verdad. Y esto tiene como consecuencia que nos acerquemos a ella por las *vías del error*. Es decir que “durante el análisis en ese discurso que se desarrolla en el registro del error, ocurre algo a través de lo cual hace irrupción la verdad, y que no es la contradicción” (Lacan, 2007: 385). Se trata de una verdad que “surge a condición de la caída del saber” (Candelero, 2014: 2). Es decir, no hay ningún saber que pueda dar cuenta de la verdad en su totalidad.

Sin embargo, es precisamente a partir esta imposibilidad que el analista puede sostenerse en la búsqueda de la verdad. Se establece así una distinción entre el deseo de saber y la búsqueda de la verdad, “porque el primero ubica al analista del lado del investigador, posición que no se excluye en la extensión, pero no lo especifica en su clínica.” (Staide, 2003: 190) No es el dominio del investigador: éste busca algo que ya sabe de antemano. Pero no hay nada *ya-ahí* esperando a ser develado, sino que es el dominio del encuentro, donde el encuentro es un hallazgo, una creación, algo que no estaba y que surge sorpresivamente, siendo más y menos de los que se esperaba, para luego volver a escabullirse.

Staide (2003) —dando un paso más— sostiene que las decisiones que el analista toma en el curso de un análisis son paradójales en tanto que son tomadas allí donde el saber no lo acompaña, puesto que, si no puede garantizarlas apelando a sus

conocimientos teóricos, tampoco puede hacerlo tomando como referencia su experiencia en otros análisis. En palabras de Lacan en el Seminario II,

También a esto se debe que cuanto más sabemos, mayores son los riesgos. Todo lo que les enseñan, de modo más o menos predigerido, en los pretendidos institutos del psicoanálisis —estadios sádico, anal, etc.—, todo eso es desde luego muy útil, sobre todo para los que no son analistas. Sería estúpido que un psicoanalista los descuidara sistemáticamente, pero es preciso que sepa que no es ésa la dimensión en la que opera. El psicoanalista debe formarse, moldearse en un dominio diferente de aquel en que se sedimenta, en que se deposita el saber que poco a poco se va formando en su experiencia (Lacan, 1986: 36)

Staude (2003) hace referencia a algo que Bion sostenía: que el analista

[...] tenía que actuar sin memoria (olvidándose de todo saber) ni deseo (sin entrometer sus deseos personales, ni siquiera el afán por curar). Pero el derrotero de un análisis no se cumple sin uno y otro, sólo que, es en los actos donde se juega su eficacia cuando puede agujerear, poner en suspenso, esa memoria y ese deseo (Staude, 2003: 191)

Es así que destaco el carácter de paradoja, en tanto se trata de un saber que permite sostener lo imposible de saber.

Un no saber que al decir de Lacan no tendrá que ver con la ignorancia como pasión, sino con lo que el maestro francés presenta de la mano de Nicolás de Cusa —pensador medieval, iniciador de la problemática gnoseológica moderna—. Una *ignorancia docta*. Ignorancia fecunda. El aporte de Lacan radica en la construcción de un saber que tolera un no saber en su interior. Ignorancia aquí debe entenderse como forma más elaborada de saber. Entonces, el analista no buscará sustituir un saber por otro. Se trata de un saber que no elude lo imposible de saber, sino que lo enfrenta, intentando rodearlo, circunscribirlo como imposible. (Rosanna Candelero, comunicación personal, 16 de julio de 2017).

Si la demanda —institucional o no— coloca al psicoanalista en la posición de quien detenta un saber, éste deberá estar advertido para así no dejar de interrogarse por *sus modos de relación con ese saber*. Posición problemática, difícil, que implica un trabajo constante. Se trata de introducir la lógica del caso por caso: escucharlo en su singularidad, es decir, en aquellos puntos en que no podemos sostenernos en ningún universal para dar cuenta de él. Es cierto que la práctica del psicoanálisis en una institución puede confrontar con demandas que dificulten la escucha de lo singular, pero tampoco quisiera olvidar que lo mismo podría suceder en *un consultorio*. En cualquier *encuadre* está presente el riesgo de sostener la teoría psicoanalítica a la manera de un saber absoluto. El psicoanálisis puede funcionar como un ritual, el psicoanalista puede presentarse defendiendo *su Verdad*.

Sirviéndome de lo que Lacan plantea en el *Seminario XI*, entiendo la práctica en términos de *praxis*. Praxis que se sitúa en relación a “la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico”. (Lacan, 1995: 14) Destaco que no se trata de dos registros *superpuestos*. Es decir, no se puede pensar un total recubrimiento entre ellos, dado que siempre quedará un resto que no es susceptible de ser simbolizado. Esta es una de esas imposibilidades sostenidas por el psicoanálisis. Imposibilidades que, paradójicamente, devienen condición de innumerables posibilidades.

En la institución que nos interpela convergen diversas prácticas, se sostienen en el cruce de distintos discursos, se hace necesario sostener que ninguno de ellos puede pretender dar cuenta de la totalidad de lo que acontece en la misma, y esto incluye también al psicoanálisis. Para subrayar esta idea es que he escogido referirme en términos de *escena institucional*, conjugando con aquel *otro escenario* en el que se asienta el descubrimiento freudiano: su inconsciente.

Si la escena institucional apunta a sostener la ilusoria consistencia de otro no barrado, de un Otro completo, el psicoanálisis aporta una vía de acceso a aquello que irrumpe desde la *otra escena*. Otro escenario que se pone en juego a partir de la posición de analista. Esto implica sostener el carácter de ficción de la escena, es decir, su sujeción a las leyes del significante, y así salir de la encrucijada que implica la dicotomía verdad-falsedad. Como consecuencia, *dar cuenta de todo* lo que acontece en la institución adquiere el carácter de imposibilidad, ya que la misma noción de totalidad queda agujereada por la introducción del significante.

La transferencia

¿Por qué incluir en este texto un apartado sobre *transferencia*? En primer lugar porque, como lo indiqué anteriormente, Freud lo señala como punto de partida obligado para todo aquel *practicante* del psicoanálisis. Segundo, porque entiendo que la forma de concebir la transferencia está inexorablemente ligada a la manera de posicionarse frente a la práctica, allí donde ésta tenga lugar. Como dice Lacan, “Este concepto está determinado por la función que tiene en una praxis. Este concepto rige la manera de tratar a los pacientes. A la inversa, la manera de tratarlos rige al concepto” (Lacan, 1995: 130)

Es que la manera de entender este concepto fundamental del psicoanálisis no se reduce a una mera preferencia teórica —no es sólo un *asunto de académicos*— sino que implica una posición ética. *En Sobre la dinámica de la transferencia* (1912) Freud indica que “...los resultados del psicoanálisis se basaron en una sugestión; sólo que por sugestión es preciso comprender lo que con Ferenczi (1909) hemos descubierto ahí: el influjo sobre un ser humano por medio de los fenómenos transferenciales posibles con él.” (Freud, 1986a: 103) Y es a partir de esto que Lacan afirma su posición cuando señala que Freud

[...] reconoció enseguida que ése era el principio de su poder, en lo cual no se distinguía de la sugestión, pero también que ese poder no le daba la salida del problema sino a condición de no utilizarlo, pues era entonces cuando tomaba todo su desarrollo de transferencia. (Lacan, 1979: 577)

Dos caminos divergentes

Leyendo algunos textos de Freud y Lacan descubro dos perspectivas contrarias, dos caminos divergentes. Al primero lo podemos llamar —vino en mi ayuda para ello un texto de Couso (1998)— *el camino de la significación alienada*. También podríamos denominarlo *camino de la sugestión* o del *vencimiento de las resistencias*. Aquí agrupamos aquellas concepciones del análisis con las que Lacan discute a lo largo de lo que se ha dado en llamar *su enseñanza*. Brevemente las resumiré destacando que éstas conciben la situación analítica como una situación de dos, analista y paciente. En ella el analista señala los aspectos que son discordantes, que no se adaptan a la realidad, la cual es bien conocida por el analista. Esta manera de concebir el análisis se funda en el levantamiento de las resistencias y para esto el mejor aliado del analista es el yo del paciente, por lo que el fin del análisis sería la adaptación de su yo a la realidad. Esto sucede guiado por el modelo del yo del analista. Es lógico entonces que en este caso la transferencia sólo tenga un carácter ilusorio, de *error a rectificar*. Y que el analista sea llamado a hacerlo, reduciendo su accionar así al influjo sugestivo. El segundo camino lo podemos nombrar como el de la *emergencia del sujeto*.

Para poder desarrollar estas ideas, me apoyaré en algunos puntos que se desprenden de la lectura de tres de los llamados *escritos técnicos* de Freud. *En Sobre la dinámica de la transferencia* (1912) la transferencia aparece vinculada a la noción de

resistencia, en el sentido de que es indicada como el mayor obstáculo al análisis. En el texto citado, el autor enseña que hay ciertos clisés que se repiten a lo largo de la vida, determinados éstos por el influjo de las disposiciones innatas y las vivencias infantiles. Estos clisés tienen que ver con las condiciones de amor y de ejercicio de la vida amorosa. Durante el tratamiento analítico, la investidura libidinal se vuelve hacia el psicoanalista, reeditando de esta manera aquellos modelos preexistentes. (Freud, 1986a)

Ahora bien, para Freud *estas transferencias* son comunes en la vida cotidiana e incluso funcionan como condición de éxito. Pero durante un psicoanálisis, constata que funcionan como la resistencia más fuerte al tratamiento. Tal es la fuerza de esta resistencia que Freud nos advierte que “cuando las asociaciones libres de un paciente se deniegan, en todos los casos es posible eliminar esa parálisis aseverándole que ahora él está bajo el imperio de una ocurrencia relativa a la persona del médico o a algo perteneciente a él”. (Freud, 1986a: 99)

Pero Freud no se queda aquí, sino que se pregunta ¿por qué la transferencia aparece como resistencia en un análisis? Y es así que encuentra las razones en la misma índole del trabajo analítico y esto es lo que le permite también captar otro sesgo, mucho menos inhabilitante, que lo lleva a caracterizar la transferencia como el mayor auxiliar del análisis. Vayamos a otro texto canónico, *Recordar, repetir, reelaborar* (1914). Aquí Freud señala que la meta del análisis es *instar al paciente a recordar*. Pero surge una dificultad: “...el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace.” (Freud, 1986b: 151-152) A partir de allí, Freud relaciona la transferencia con *la repetición*: “la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado” (Freud, 1986b: 152)

Bajo las condiciones de la resistencia, el analizado extrae las armas del pasado, que repetirá en la relación con el analista. Es así como queda establecido que el transcurso de la cura se juega en el terreno de la transferencia. Es decir que es en este terreno donde el analista debe situarse y el manejo de la transferencia se presenta como el principal recurso para lograr que el recordar sustituya el actuar. (Freud, 1986b)

Ahora bien, para Freud —y esto es lo que quiero muy especialmente recalcar— el vencimiento de las resistencias no es la meta del análisis, sino sólo su comienzo. No alcanza con comunicarle al paciente sobre sus resistencias. El análisis exige algo más... “Es preciso dar tiempo al enfermo para enfrascarse en la resistencia, no consabida para él; para *reelaborarla {durcharhcten}*, vencerla prosiguiendo el trabajo en desafío a ella y obedeciendo a la regla analítica fundamental” (Freud, 1986b: 157) Un trabajo de reelaboración.... En este punto, Freud indica que sin esta reelaboración el tratamiento analítico se reduce a un mero *influjó sugestivo*.

Subrayo un segundo punto para considerar la cuestión planteada en el denominado *principio de abstinencia*. Como mencioné anteriormente, para Freud éste es el principio soberano que debe regir el campo de la actividad del analista. Luego: ¿A qué se refiere con *abstinencia*? En *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (1915) Freud indica

[...] con ello no me refiero a la privación corporal, ni a la privación de todo cuanto se apetece, pues quizá ningún enfermo lo toleraría. Lo que yo quiero es postular este principio: hay que dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados (Freud, 1986c: 168).

Por esto mismo se trata de la intervención contra las satisfacciones sustitutivas y en particular, aquellas que el *analizado* busca en la relación con el psicoanalista. Destaco que en la base de este principio está la convicción de Freud de que toda respuesta a los pedidos del paciente erraría el blanco. Es que el analista no podría ofrecer más que subrogados, incapaces éstos de lograr la satisfacción esperada.

En este sentido, considero interesante introducir algunas consideraciones a partir de la lectura de Lacan en *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958). Allí sostiene:

Hay entre transferencia y sugestión, éste es el descubrimiento de Freud, una relación, y es que la transferencia es también una sugestión; pero una sugestión que no se ejerce sino a partir de la demanda de amor, que no es demanda de ninguna necesidad. Que esta demanda no se constituya como tal sino en cuanto que el sujeto es sujeto del significante, es lo que permite hacer de ella mal uso reduciéndola a las necesidades de donde se han tomado esos significantes, cosa que los psicoanalistas, como vemos, no dejan de hacer. (Lacan, 1979: 615)

Lacan, leyendo a Freud, recorta un punto de distinción entre demanda y necesidad y con respecto a la demanda, nos dice que el analista “no debe responder ante ella sino de la posición de la transferencia” (Lacan, 1979: 599) ¿Cómo sería?

Comencemos apuntando que la necesidad trae consigo el objeto que la puede colmar, y en este sentido pensar en términos de necesidad es suponer la existencia una satisfacción total. Pero el psicoanálisis, a partir de la prematuración del nacimiento y la dependencia al Otro, introduce un quiebre en esta suposición, situando precisamente la dimensión de la pérdida. Es con sus conceptualizaciones sobre la *demanda* que Lacan hace lugar a la noción de un campo en donde no es posible la complementariedad sujeto–objeto. Al introducir la dimensión del *significante* enlaza la cuestión de la sujeción del hablante a la dimensión de la pérdida.

Couso (1998) explicita la irreductibilidad de la demanda a la necesidad de la siguiente manera:

Cuando el viviente se introduce en los significantes del Otro, por su doble dependencia de este Otro (como lugar desde donde se significa sus reacciones como llamado, como poder real que satisface o no a su capricho), cada vez que se actualice la demanda, recibirá un significante que volverá a cavar un hueco entre necesidad y demanda, y que lo atrapa en un pedido que, lejos de satisfacerlo, lo sujeta cada vez más. (Couso, 1998: 14)

La demanda no tiene una respuesta adecuada porque ésta no es una demanda de una necesidad, sino de amor. Y ya el mismo hecho calificarla de demanda de amor excluye la posibilidad de responder adecuadamente. Todo intento de respuesta en este plano va a chocar contra un *no es eso* y responderla nos reenvía al plano de la necesidad. Como señalé, sólo una necesidad puede encontrar el objeto que la colme.

Volviendo a Lacan, él indica: “Ya se pretenda frustrante o gratificante, toda respuesta a la demanda en el análisis reduce en él la transferencia a la sugestión.” (Lacan, 1979: 615) Porque sólo se puede responder algo de quien nos consulta si lo planteamos en término de sus necesidades y en ese plano la única intervención posible es darle aquello que necesita, cubrirle sus necesidades, rellenar aquello que no tiene con lo que se tiene.

El hecho de concebir el análisis como una situación de dos implica quedarse en el plano de la necesidad porque para pensar en la dimensión de la demanda, es necesario incluir al sistema significante como *tercero*. En cambio, situarse desde el plano de la demanda implica la imposibilidad de responder adecuadamente y abre camino a un más allá de la demanda, en donde podemos situar al deseo. “Esta imposibilidad del Otro de responder a la demanda recorta el objeto del deseo y va a posibilitar al sujeto un desasimiento, un desprendimiento de su extrema sujeción al Otro.” (Couso, 1998: 14)

Esto apunta a una función muy diferente de la de la identificación primaria evocada más arriba, pues no se trata de la asunción por el sujeto de las insignias del otro, sino de esa condición que tiene el sujeto de encontrar la estructura constituyente de su deseo en la misma hiancia abierta por el efecto de los

significantes en aquellos que para él viene a representar al Otro, en cuanto que su demanda está sujeta a ellos. (Lacan, 1979: 608)

¿Qué es lo que funda la transferencia?

A partir del *Seminario XI (1964)*, Lacan establece que “La transferencia sólo puede pensarse a partir del sujeto a quien se le supone el saber.” (Lacan, 1995: 261) de lo cual se desprende que la transferencia queda fundada en tanto esta función pueda ser encarnada por alguien, analista o no.

Ahora bien, señalé que el analista —que ocupará ese lugar en tanto es objeto de la transferencia— sostiene un modo particular de *relación al saber*. En primer lugar, al introducir el campo del Otro se introduce la dimensión de un saber sin sujeto y por otro lado, sostiene la incompletud estructural del mismo.

Entonces, para que comience un análisis “El asunto es, primero, para cada sujeto desde dónde se ubica para dirigirse al sujeto al que se le supone saber” (Lacan, 1995: 240-241) Esto nos reenvía al terreno de la demanda, que como señala Lacan, es de amor. Aquí es cuando podemos pensar el sujeto supuesto saber en su relación con el amor. Lacan indica que

La transferencia sólo puede pensarse a partir del sujeto a quien se le supone el saber. [...] Se supone que sabe eso de lo que nadie escapa una vez formulado: simple y llanamente la significación. [...] El sujeto entra en juego a partir del siguiente soporte fundamental —al sujeto se le supone saber, por el mero hecho de ser sujeto del deseo. Pero entonces ¿qué ocurre? Ocurre algo que en su aparición más común se denomina efecto de transferencia. Este efecto es el amor. (Lacan, 1995: 261)

Amor que implica la dimensión del engaño, de creer en la posibilidad de un completamiento. Así, la persona que consulta a un analista, de algún modo pretende desconocer la imposibilidad radical de que una demanda sea respondida. Es como si le preguntase al analista: ¿qué deseo? Y esperase obtener una respuesta exacta.

Tanto Lacan como Freud vinculan *transferencia* con *repetición*, pero no se trata acá de una repetición en el sentido de una reviviscencia. Estamos ante el efecto de engaño que el amor supone, efecto de transferencia pero en su faz de resistencia. El analista debe esperar que se produzca este efecto para poder interpretar pero al mismo tiempo sabe que es esto lo que hace que el sujeto se cierre al efecto de la interpretación (Lacan, 1995)

Aquí es donde retomo la idea de los dos caminos divergentes. Recordemos, una de estas direcciones es hacia *la significación alienada*, es decir, respondiendo a la demanda de amor desde la posición de *dar lo que se tiene*, no se articula la falta que hace posible el deseo. (Couso, 1998)

Esta dirección sitúa el amor como espejismo especular. “El punto del ideal del yo es el punto desde el cual el sujeto se verá, según dicen, como visto por el otro —esto le permitirá sostenerse en una situación dual satisfactoria para él desde el punto de vista del amor.” (Lacan, 1995: 276) Y esto implica que, debido a este engaño del amor, la transferencia se presente en el sentido de cierre del inconsciente. Pero en este punto es necesario que se produzca otra cosa.

La segunda dirección nos conduce al significante de la falta en el Otro. (Couso, 1998)

Quiero decir que la maniobra y la operación de la transferencia han de regularse de manera que se mantenga la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y ese otro punto donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto *a* y donde el objeto *a* viene a tapan la hiancia que constituye a división inaugural del sujeto. (Lacan, 1995: 278)

La incidencia del objeto *a* en el movimiento de la transferencia es lo que permite reconocer la *falta en el Otro*. Y es en ese punto de falta donde el sujeto tiene que reconocerse.

A partir de esto, sostengo que “el psicoanálisis, su acto, no se define por el dispositivo sino por *el efecto sujeto* que puede o no producirse.” (Candellero y Díaz, inédito: 10) Y es en este punto es donde el analista debe decidirse por una u otra dirección.

Lo que es decir: no es lo mismo responder a la demanda, tal y como es formulada, que apostar a la emergencia del sujeto.

El olvido de este más allá [de la demanda] deviene siempre resistencia del analista, acontezca o no en el marco de una Institución Pública... (Paola, 2008: 39)

Concluyo así que, *el efecto-sujeto* no está garantizado por ningún encuadre, sino por la posición del analista en la transferencia.

Aquí confluye el recorrido de los dos últimos apartados. Aquella *verdad* que surge a condición de la caída del *saber* puede emerger porque la posición del analista en la *transferencia* lo habilita. En otras palabras ¿por qué el analista suspende su memoria y su deseo para escuchar a quien lo consulta? Lo hace porque sostiene la hipótesis del inconsciente.

Porque la vía de la palabra supone un saber inconsciente, ya que ‘*el inconsciente es la hipótesis de que el discurso es descifrable*’

Sin esta hipótesis, no habría razón para darle la palabra a alguien, ya que ésta quedaría degradada a un ‘*flatus vocis*’ (Paola, 2008: 38)

Consideraciones finales. Nuevos puntos de partida

En este escrito intenté dar cuenta de una lectura propia de algunos recorridos teóricos impulsados por interrogantes que surgieron en mí a la luz de una experiencia. Resultó necesario nombrar al comienzo aquella práctica —en la que sólo podía ver tropiezos— para poder leer que ésta se fue transformando poco a poco, a partir de que pude servirme de ella para interrogar los textos. Y no por haber encontrado una respuesta a la pregunta qué se debe hacer, o cómo remover los obstáculos que presenta la gran complejidad que implica la práctica psicoanalítica en una institución, sino por permitirme construir nuevas preguntas.

Pensar posibles articulaciones entre práctica psicoanalítica e institución pública de salud fue la vía por la que comencé este texto. Muchos interrogantes quedan pendientes. ¿Cómo pensar esta articulación? ¿Se trata de una práctica que tiene lugar *en* una institución? ¿Se trata de tomar la institución como *marco*, como *contexto*? La maraña de discursos que constituyen la institución ¿son tan sólo un telón de fondo, un mero decorado? Cuestiones harto complejas que excedieron el marco de este Trabajo Integrador Final, y que quedarán como nuevos puntos de partida.

La práctica del psicoanálisis en una institución “...confronta con algunas legalidades que, aunque exteriores a su discurso, no cesan de condicionar los modos de la demanda, suscitando obstáculos cuando el analista debe posicionarse como tal.” (Paola, 2008: 13) Pero si definimos la clínica del psicoanálisis como aquella que no cede frente a esos obstáculos (Staude, 2003), podríamos dar un paso más indicando incluso que una práctica analítica no se podría poner en juego sin ellos, porque justamente es en los momentos en que son interrogados, agujereados, puestos en cuestión cuando se deja ver algo del oro puro del psicoanálisis. Mantener ese oro puro también implica no permitir que esos obstáculos nos amedrenten, pues, si el psicoanálisis trabaja con *eso que no anda*, no es para intentar *que la cosa marche*, sino para buscar maneras menos sufrientes de responder ante esa falla estructural.

Para finalizar, vuelvo al texto de *Nuevos caminos de la terapia analítica*. Los caminos que Freud nos señaló pueden ser recorridos de tantas maneras como analistas —y analizantes— hay. Sin embargo, podemos distinguir ciertas luces de advertencia para no perder el rumbo. En este sentido, nunca está de más recordar tres desvíos señalados por Freud en dicho texto, que si bien adquieren particular relevancia para pensar el trabajo en una institución pública, esto no nos autoriza a descuidarlos en cualquier práctica. En primer lugar, nos desviamos cuando, desde una posición caritativa, procuramos “que todo le sea lo más grato posible al enfermo sólo a fin de que se sienta a gusto y en otra ocasión acuda a refugiarse allí de las dificultades de la vida.” (Freud, 1986d: 160). El segundo desvío nos lleva a hacer de quien consulta “un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza.” (Freud, 1986d: 160). Por último, nos extraviamos cuando pretendemos “poner al psicoanálisis al servicio de una determinada cosmovisión filosófica e imponérsela al paciente con el fin de ennoblecerlo. Me atrevería a decir que sería un acto de violencia, por más que invoque los más nobles propósitos”. (Freud, 1986d: 161)

Si el efecto-sujeto que define al psicoanálisis no se garantiza por ningún encuadre, sino por la posición de analista, ésta “podrá alcanzarse, aún soportando variaciones en las condiciones del encuadre y en los modos de presentación de la demanda. Pero **con su ética, no hay aleación posible.**” (Paola, 2008: 49)

Referencias bibliográficas

- Candelerio, Rosanna (2004). *La escritura del analista*. Ficha de publicación interna Espacio Psicoanalítico. Agrupamiento de analistas. Rosario.
(2014). "El diagnóstico en el banquillo". En *Campo grupal*. 16 N° 166
- Candelerio, Rosanna y Díaz, Norberto (inédito). *Orientación vocacional: una práctica sostenida en las premisas del psicoanálisis...* Espacio Psicoanalítico . Agrupamiento de Analistas, Rosario.
- Carballeda, Alfredo (2004). *La intervención en lo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Couso, Osvaldo (1998). "El amor es una promesa que sabe de su falla" En *Hay relación social*. Buenos Aires: Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Emmanuele, Elsa (2009). "Salud, educación y trabajo. Trilogía bajo sospecha". En *Campo Grupal*. 12 N° 113
- Ferenczi, Sandor (1919). *Dificultades técnicas de un análisis de histeria*. Visita 15 de junio de 2017 <http://www.psicoanalisis.org/ferenczi/101-150.htm>
- Flesler, Alba (2002). "El deseo del analista". En *Seminario de Escuela*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2012). *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1984a). "La interpretación de los sueños" En *Obras Completas Tomo V*. Buenos Aires: Amorrortu
(1984b). "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico" En *Obras Completas Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu
(1986a). "Sobre la dinámica de la transferencia". En *Obras Completas Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu
(1986b). "Recordar, repetir, reelaborar". En *Obras Completas Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu
(1986c). "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia". En *Obras Completas Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu
(1986d). "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica". En *Obras Completas Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu
- Lacan, Jacques (1979). "La dirección de la cura y los principios de su poder" en *Escritos I*. México: Siglo XXI
(1986). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós
(1995). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
(2007). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós

Paola, Carlos (2008). *El oro y el cobre: del a-meghino y otros fragmentos*. Buenos Aires: Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Staude, Sergio (2003). "El deseo de analista: sus nombres". En *Cuadernos Sigmund Freud n° 23. La formación del analista en los tiempos de la "globalización"*. Buenos Aires: Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires.